

Entrevista

por Beatriz Berger

Profesor de Literatura de la Universidad Católica y dotado con una extraordinaria sensibilidad para recordar, Jaime Hagel (casado desde hace 23 años, dos hijos), autor de «Con la lengua afuera» y «A Quemarropa», publicó su quinto libro de cuentos, «El amor de Noemi», donde saca a luz los fantasmas y obsesiones que lo acechan.

SORPRENDE Jaime Hagel. Sorprende este hombre formal y disciplinado que, a través de su literatura —producto de una verdadera carisma—, emprende vuelo, plasmando con fuerza, ironía y humor negro, la parte oscura de la vida. Allí, sin trabas, todo puede ocurrir... ¡Hasta lo prohibido de lo prohibido! Y Hagel, en su afán de desmenuzarse lo insólito no traida en desmenuzarse su mejor arma: el lenguaje, empleándolo con violencia y desenfado en esos relatos donde casi nunca está ausente la relación sexual deshumanizada y brutal.

Y Hagel continúa sorprendiendo cuando, a los sesenta años, siente que el niño está pateándole y vive en él y descubrimos, por otra parte, a un hombre creyente que no le gusta hablar de religión porque le parece que es algo "muy íntimo".

"Estos cuentos han sido escritos a través de mí"

—Curioso que una persona tan formal en la vida concreta se desdoble en una literatura promiscua, con una fuerte dosis de sexo.

—A mí también me llama la atención. Incluso yo creo, no es por levantarme el tarro ni mucho menos, de que todos estos cuentos y mi novela han sido escritos a través de mí.

—¿Un médium?
—Sí, yo creo en la inspiración. De algún modo, uno escribe como en trance y pierde el control del discurso. Poco a poco los personajes se escapan y comienzan a decir cosas que uno no pensaba colocar en su boca, toman ellos la iniciativa y el autor se va por otro lado. No se puede negar el aporte de lo inconsciente, la ocurrencia, en la creación literaria. Uno puede tener muchas intenciones, y muy buenas a veces, pero nunca termina escribiendo el cuento o la novela que deseaba escribir.

—Y estos cuentos se acercan a lo que hubiera deseado escribir?

—Bueno, un poco más que los anteriores, en el sentido de que la mayoría de los protagonistas son gente buena: son débiles, pero no rufianes. Como dijo André Gide, las buenas intenciones no son en general buena literatura. Yo le soy fiel a mis obsesiones, a mis fantasmas y me dejo llevar por ellos. Según mi opinión, esos son los cuentos que más me resultan.

—¿Entonces es un racional, usted?

—Me considero una persona donde hay un fuerte elemento más bien irracional.

Jaime Hagel:

"Cuando Yo Escribo ¡Todo Está Permitido!"



Jaime Hagel: "No me gustan las cosas con sabor a comida, colorante vegetal y anís de flor".

—¿Por qué escribir? De la impresión que a través de sus obras se libera de ciertas obsesiones.

—Es una especie de compulsión, un entusiasmo loco. Mis obsesiones y mis fantasmas me exigen que escriba. Imagínese que, en la mañana, al meter el pie en la pantofoa encuentra una araña peluda. Uno lo cuenta o revienta. Algo parecido me pasa a mí. Uno siempre escribe también, además de querer ser leído, por una especie de desequilibrio: porque algo le sobra, o porque algo le falta.

—Al parecer en esta obra cambió las antiguas obsesiones de los internados por otras.

—Creo que ahora caí en las obsesiones del mundo de los adultos. No tanto en el de la niñez y adolescencia que primaban en los cuentos anteriores.

—No será un mundo de adultos un tanto inmaduros?

—(Sonriendo.) En verdad, no he conocido mucha gente madura en mi vida. Pero sí he conocido mucha gente enmascarada. En mis cuentos trato de mostrar esa personalidad auténtica, oculta, develando al ser humano detrás de las convenciones. Componemos una vista sociedad de seres enmascarados pues nacimos con una personalidad auténtica y original y esa la vamos ocultando, depurando, por influencia de los colegas, los padres, los maestros, los sacerdotes, la policía... El ser humano no es perfecto, pero sí perfectible. Conocemos, vemos tal cual somos, podría ser un punto de partida. Y eso es lo que intento demostrar.

"Yo no ando buscando lo tabú"

—Sus cuentos son desensucados.

—¿Cree que los aspectos negativos son los más imperiosos en la vida?

—Sin duda hay un desencanto, pero se muestra con gran entusiasmo. Me acuerdo cuando Zorba, Alexis el Griego, exclama: "¡Qué desastre más estupendo!". Es decir, tengo una gran esperanza, creo en el ser humano.

el sexo como fuerza bruta: hay una mujer nihilista que tiene relaciones sexuales con cuatro hombres al mismo tiempo; un cirujano que se transforma en prostituta... ¿Por qué aborda el tema de las relaciones sexuales en forma tan fría y brutal, con violencia en el contenido y el lenguaje?

—Estoy de acuerdo, pero no veo por qué no lo voy a tratar. Yo no ando buscando lo tabú como lo hace Henry Miller, por ejemplo. Mi actitud es no darme cuenta de lo que está o no permitido. Escribo totalmente de espaldas a los cánones, a las academias. Me parece que es mucho más íntimo una revista que presenta un tanque con un carácter casi deportivo, un aparato hecho para matar y destruir gente y destruir ciudades, a una revista que muestra una mujer desnuda en la portada.

—Depende. En los cuentos donde deja situaciones en el aire y sólo sugiere sus connotaciones le resultan más delicados. En el amor de Noemi, por ejemplo, insinúa una relación homosexual, pero no a gritos pelados.

—Eso que no venga al caso. En otros cuentos, me parece que se justifica el grito pelado, pero no ando buscando el sexo por el sexo, sino cuando realmente me necesito. No me gustan las cosas con sabor a vainilla, colorante vegetal y anís de flor... sino presentarse tal como son.

—Asimismo, el amor aparece como efímero. ¿Le ve así usted también?

—Bueno, yo no pienso eso. Como creo en la inspiración, pienso que no se le puede atribuir al autor lo que dicen y hacen sus personajes.

—¿Cree que su libro es constructivo?

—Sí, porque muestra esa otra faz del ser humano, a veces terrorífica o espantosa, que la gente no quiere ver. A través de la literatura se pueden presentar esas miradas para llegar a conocer al hombre.

—¿Y qué habla de la insustentabilidad...? Claro, porque el hombre vive alienado, perdiendo incluso el paraíso, la oportunidad de vivir, visitándose de otra manera o asistiendo a unas fiestas donde todos simulaban como se divertían. Hay que

ser uno mismo, hacer bruto lo que se tiene adentro y no adoptar esas personalidades postizas, impuestas por los medios masivos. En toda creación participa el demonio, cuya mejor trampa es la de hacer creer que no existe. Entonces ahí están los escritores para recordar en forma muy viva que lo demoníaco sí existe y está presente en la tierra.

"Mi visión del mundo no es la oficialista"

—Y a estas alturas ¿ha logrado ser usted mismo?

—(Vasillando.) En algún momento sí, tengo mi paraíso privado donde me refugio, sin hacer nada, sin preparar clases, sin leer, sin estudiar, donde realmente me solazo contemplando la naturaleza. En ciertos momentos soy auténtico, de lo contrario, no podría estar aquí. Me encontraba en la cárcel o quizás donde.

—¿Con relación al lenguaje brutal que utiliza, ¿es cree que, a ratos, llega a ser vomitivo?

—Es brutal, porque no es una visión oficial, sino carnavalesca, popular del mundo. Allí no hay ninguna autoridad: el rey es el mendigo y el mendigo es el rey. Cuando yo escribo (todo está permitido) tampoco ando buscando lo prohibido. Y me lanzo a escribir con esta visión un tanto carnavalesca del mundo.

—Y no ha pensado que esa "libertad", en alguna medida, ha echado a perder su literatura?

—(Desconcertado.) ¡Uf! Estaría echado a perder toda la literatura. Desde la novela picaresca con Rabelais, que me gana a gran distancia, y si que hablar de El lugar sin límites de José Donoso, donde el protagonista es un travesti que vive en un prostíbulo.

—Valiente, respecto a su obra anterior, habló de "contaminación genética del pensamiento" y "vulgaridad de espíritu". ¿Cree que esa contaminación subsiste?

—(Tartamudeando.) Continúa en un grado menor, pero yo no la llamaría contaminación. Valiente tiene una visión oficial, de acuerdo a ciertas reglas. En cambio, mi visión del mundo no es la oficialista. Y, por supuesto, muchas de esas cosas tienen que molestar. E incluso, a ratos, me molestan también a mí.

—¿Pienso que las represiones fijan un modo de actuar?

—Ellas están creando un vasto mundo de personas enmascaradas. En ese sentido las considero muy importantes: están llevando al hombre a lo inconsciente, a distanciar que la parte oscura no existe. Entonces uno trata de pinchar esos globos falsos y mostrar realmente la otra faz.

—Sin embargo, en sus relatos también aflora la ternura.

—(Aliviado.) Sí, en estos últimos cuentos aparece en forma bien incipiente y, con mucho más fuerza, en los que estoy escribiendo ahora. Allí, aun en el peor de los rufianes, se encuentra una chispa de su creador divino.

—Y no entiendo que mostrando la mejor cara sería más positivo?

—En el fondo, las dos caras son una misma. Pero yo no quiero hacer del gris un azul repudiante. Yo no quiero falsificar las cosas. Yo no quiero adornarlas, adornarlas, falsearlas, poniéndoles una faz de dulzura, inocencia, maravilla que realmente no creo que exista. El ser humano no es así. Fijarse el rostro yo creo que es falsear la vida y eso sí que puede llevar por malos caminos.

000 205372

El Mercurio, Santiago, 12 sept. 1993, p. 3 (suplemento)

"Cuando yo escribo, todo está permitido! [artículo] Beatriz Berger.

Libros y documentos

AUTORÍA

Hagel Echeñique, Jaime, 1933-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Cuando yo escribo, todo está permitido! [artículo] Beatriz Berger. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile